



## Homilía en la ordenación diaconal de Alfonso y Ciriaco y presbiteral de Luca

11 de julio de 2021

Cuántos participamos en esta celebración nos unimos en acción de gracias a Dios que nos ha elegido para ser santos e intachables por el amor y nos ha destinado a ser sus hijos, librándonos de nuestros pecados por la sangre de Cristo y marcándonos con el sello del Espíritu Santo (cf Ef 1, 3-14). Así nos ha hecho miembros del Cuerpo de Cristo, Templos de su Espíritu y Pueblo de su propiedad. Hoy confesamos con gozo que somos un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para anunciar las proezas del que nos ha llamado de las tinieblas a su luz maravillosa (cf 1 Pe 2, 9)

Esta confesión de fe en nuestra condición de pueblo sacerdotal de Dios nos prepara a vivir con intensidad en esta celebración el misterio de la ordenación diaconal de Alfonso y Ciriaco y de la ordenación sacerdotal de Luca. A la vez, nos dispone a unirnos a su acción de gracias, dejando resonar en nuestro corazón el eco de la palabra del Señor a sus discípulos: *“No sois los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca.”* (Jn 15, 16).

A pesar de que el libro de los Hechos de los Apóstoles había descrito a los cristianos de Jerusalén como creyentes “con un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32) y de haber contado que el dinero de la venta de los bienes puesto a los pies de los apóstoles “era distribuido a cada cual según sus necesidades” (Hch 4, 35), al parecer, esa distribución no se había hecho de la forma adecuada a las viudas de los discípulos de lengua griega, lo que origina la queja de la desatención.

Ante esta situación de conflicto interno, el texto de los Hechos hoy leído relata el origen de una nueva organización de la comunidad cristiana de Jerusalén por la autoridad de los Doce. Los Apóstoles crean una nueva forma de diakonía para el ministerio de la caridad en el servicio diario a las viudas y a los pobres, que encomiendan a siete varones de buena fama, llenos de espíritu y sabiduría. La comunidad elige y presenta las personas y los Apóstoles les impusieron las manos orando.

Así se inició el primitivo diaconado, dando una respuesta teológica y pastoral a un problema social de la vida diaria; diferenciando, pero integrando sin separar, el alimento diario y la palabra de la fe. Porque la distribución del pan ha de hacerse con Espíritu y sabiduría.



Carlos López Hernández

Los primeros nombres en la lista de los diáconos son Esteban, lleno de fe y de Espíritu Santo, y Felipe. Ambos van a tener un papel central en el testimonio de la fe en Jerusalén y en el anuncio misionero en Samaría, según narran los capítulos 6 y 8 del mismo libro de los Hechos.

El diaconado se ha configurado en la tradición viva de la Iglesia como el grado primero del sacramento del orden. Se confiere por el Obispo mediante la imposición de las manos y la plegaria de consagración.

La misión actual del diácono se expresa en el rito de la ordenación con estas palabras: “Recibe el Evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviértete en fe viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado”.

Es propio del diácono ejercer el ministerio de la caridad en comunión con el Obispo y en colaboración con el párroco. El ministerio de la caridad y el servicio a los pobres es la forma específica en que el diácono prepara el camino del Señor a la luz del Evangelio.

Fortalecido con el don del Espíritu Santo, el diácono queda consagrado y capacitado para ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la palabra de Dios y en el servicio del altar. En la celebración de la Eucaristía proclamará el Evangelio, preparará el sacrificio y repartirá a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor. Además, por encargo del Obispo, presidirá las oraciones, administrará el bautismo, asistirá y bendecirá el matrimonio, llevará el viático a los enfermos y presidirá los ritos exequiales.

Queridos Alfonso y Ciriaco: Al acceder libremente al Orden del diaconado, debéis dar testimonio del amor de Dios; en primer lugar en el compromiso sacramental del celibato, con la gracia y la libertad del Espíritu Santo, para la disponibilidad a la misión, sin limitación alguna. Con esta libertad del Espíritu habéis de consagrar vuestra vida por entero al anuncio del Evangelio y al servicio de los hermanos en todas sus necesidades; y seréis unos enamorados de los pobres, ayudándoles a ganar o recibir el pan de cada día. Caminad sin mancha e irreprochables ante Dios y ante los hombres. Mostrad en vuestras obras la palabra de Cristo que proclamáis. De esta manera, podréis salir en el último día al encuentro del Señor, y oír de él estas palabras: *“Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; pasa al banquete de tu Señor”*.

El texto de la carta a los Hebreos comienza con la referencia a la institución antigua del sumo sacerdote, llamado por Dios como Aarón para ofrecer a Dios dones y sacrificios por los propios pecados y por los del pueblo; porque él está también envuelto en debilidad puede comprender a los ignorantes y extraviados.



Pero la meta del texto es presentar la novedad del sumo sacerdocio de Jesucristo, constituido sacerdote eterno por Dios al decirle: *“Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy”*; *“Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec”*. Y la segunda parte del texto explica la forma concreta de ejercicio de ese nuevo sacerdocio en la obediencia a la voluntad de Dios, aprendiendo como Hijo a obedecer hasta la muerte, sufriendo, orando y suplicando a gritos y con lágrimas. Indica el texto que Jesús, por su piedad filial, fue escuchado en sus súplicas para ser salvado de la muerte. Pero fue escuchado después de haber aprendido sufriendo a obedecer como Hijo fiel. Es decir, fue escuchado en la resurrección. Así, como dice el texto, *“llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que le obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el rito de Melquisedec”*.

Esta es la forma de sacerdocio asumida por Jesús al entrar en el mundo: *“Tu no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo...He aquí que vengo... para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad”* Heb 10, 5-7). *“Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre...Cristo, después de haber ofrecido por los pecados un único sacrificio, está sentado para siempre jamás a la derecha de Dios...Con una sola ofrenda ha perfeccionado definitivamente a los que van siendo santificados”* Heb 10,10-14).

Nuestro sacerdote glorificado y santificador da fundamento firme a la esperanza de los fieles, porque nos hace posible acercarnos a él con espíritu humilde y purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en el agua pura del bautismo. Siguiéndole por el camino nuevo y vivo, que él ha inaugurado para nosotros en su carne, tenemos acceso a la gloria de Dios, que es nuestra vida en Cristo, fuente de alegría plena.

Por nuestra parte, los presbíteros hemos recibido el mandato explícito de Jesús de hacer presente en su memoria el acto único e irrepetible de la entrega de su cuerpo por nosotros y del derramamiento de su sangre de la nueva alianza para el perdón de los pecados. De esta manera nos ha asociado, por libre elección de amor, a la perpetuación sacramental del sacrificio redentor y a la prolongación de su principal presencia real con nosotros hasta el final de los siglos.

En el sacramento del orden sacerdotal somos consagrados por el Espíritu Santo para hacer de nuestra vida una ofrenda de salvación asociada al sacrificio de Jesucristo en la cruz. La misión de ser representación sacramental de Cristo sacerdote nos obliga a los presbíteros a participar de su mismo sacrificio y a vivir realmente como Jesús la entrega que en la Eucaristía celebramos. Porque *“si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12, 24).

Queda infecundo y se pierde *“el que se ama a sí mismo”* (Jn 12, 25). Por el contrario: *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos* (Jn 15, 13). Y Jesús *“ha dado su vida por nosotros”* (1 Jn 3,16).



Nuestra respuesta sacerdotal a la amistad de Jesús, es dar a conocer e iniciar a los hombres de nuestro tiempo en la experiencia viva de lo que él nos ha enseñado sobre su Padre, del amor que nos tiene y de la vida que nos ha entregado y nos ofrece cada día en la Eucaristía. Entregando nuestra vida por amor y sin reservas en el ejercicio diario del ministerio, nuestro sacerdocio se convierte en mediación para que el Espíritu Santo consagre a todos los fieles como pueblo sacerdotal, que vive su existencia cristiana como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

Nuestra amistad con Jesús no brota espontáneamente de nosotros; es la respuesta y el fruto que hace brotar en nosotros el Espíritu de quien nos amó primero y *“dió su vida por nosotros”* (1 Jn 3,16). Como sacerdotes de Jesucristo debemos tener **los ojos puestos en él**, *“que inició y completa nuestra fe”* (Hb 12,2) y hemos de **orientar hacia Él la mirada de los que buscan**. Porque en Jesucristo encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano.

Las palabras de Jesús en la institución de la Eucaristía expresan la **“forma eucarística”** que corresponde a nuestra vida: **una existencia salvada para salvar, consagrada a Dios y entregada a los hombres**, como una imagen viva y auténtica que llama al recuerdo y al seguimiento fiel del Señor. Y este seguimiento, para los fieles cristianos y para los presbíteros tiene que ser cada vez más **martirial y pascual**. Solo así superaremos la desesperanza y el desaliento ante la indiferencia el rechazo del Evangelio que anunciamos, celebramos y vivimos.

La forma eucarística de la existencia ha de configurar el ejercicio de la misión, a la que el Señor nos envía. El texto del Evangelio nos recuerda que la misión de los setenta y dos enviados es una libre designación del Señor a colaborar en su propia tarea, porque la mies es mucha y él necesita obreros que le preparen el camino en los lugares a donde él quiere ir. Lo que han de anunciar es la paz y la llegada del reino de Dios a ellos; y exhortar a acogerlo, reconociendo los signos de su presencia en la curación de los enfermos.

Los discípulos son enviados como corderos en medio de lobos, a una misión peligrosa; pero han de ponerse en camino sin temor y sin seguridades de orden material. Solo necesitan la compañía del hermano, porque cuando van dos juntos, está Jesús con ellos. Y Jesús les garantiza también que no les faltará la acogida y, con su poder, curarán a los enfermos que haya en las ciudades y casas que los reciban.

Los diáconos y los presbíteros estamos en la continuidad de la misión de Jesús, encomendada a los doce apóstoles y otros setenta y dos discípulos. Estamos llamados a ser discípulos y sucesores ministeriales de su servicio de amor y de su sacerdocio. Y tenemos muy presente, hoy de forma especial, la petición de Jesús: *“Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”*.

A los diáconos y sacerdotes se nos pide una vida transfigurada en el encuentro con Jesucristo, en el silencio, en la oración y contemplación del rostro de Jesús; una



Carlos López Hernández

plena identificación de nuestro anuncio con la verdad del Evangelio, pues no nos predicamos a nosotros mismos, porque nosotros no somos la luz; una total disponibilidad al seguimiento, sin ponernos nunca delante del Señor, sino en el camino de la obediencia; una radical confianza en la fuerza salvadora del Espíritu de Jesucristo, resucitado y glorioso, que nos ha consagrado por el sacramento del orden para el ministerio diaconal y para el sacerdocio; una verdadera humildad, para buscar solo que Cristo tome cuerpo y crezca en el corazón de los discípulos encomendados a nuestro cuidado; una radical libertad de todo apego a los bienes de este mundo, a la idolatría de la codicia, para vivir gozosos como Jesús en la pobreza libremente asumida por el Reino de los cielos; lucidez y discernimiento espiritual para acompañar en el camino que lleva a cada hermano al encuentro con el Señor en la forma más apropiada a su vocación; una consolidada fortaleza y fidelidad en el anuncio de la verdad íntegra del Evangelio, aunque nos lleve al martirio.

Queridos Alfonso, Ciriaco y Luca: Hoy pedimos al Señor que os llene con su Espíritu, por la intercesión de Santa María. Y que vuestro ministerio conduzca a muchas gentes al conocimiento y la comunión de vida con Jesucristo, el Salvador y Luz del mundo.

Catedral Nueva, 11 de julio de 2021